

# Evocando a don Jorge Alessandri

Por Jaime Guzmán

Mañana se cumplirá el primer aniversario de la muerte de don Jorge Alessandri Rodríguez. ¿Cómo evocar en estas breves líneas una figura de tanto relieve para Chile y de tan hondo significado personal para quien escribe?

Ante tal desafío, sólo resulta posible apuntar a lo más esencial.

Ciertamente, don Jorge fue un hombre superior. Dotado por Dios de una inteligencia excepcionalmente potente, su entorno familiar constituyó una atalaya incomparable para adentrarse -primero como testigo y luego como actor- en todo el acontecer público chileno de este siglo.

Pero quizás más importante aún que eso, el vigor moral de su personalidad hizo del sentido del deber y del servicio público un ideal al que literalmente consagró su existencia entera.

Esas realidades, unidas a la soledad que por su temperamento y por las circunstancias rodearon su vida, estimularon en Alessandri un espíritu reflexivo y analítico, del que siempre brotaron juicios originales y penetrantes.

En una sociedad crecientemente masificada en torno a consignas que se repiten huecas y sin examen riguroso, don Jorge contrastaba nítidamente como una persona singular. Casi se diría que le atraía derribar mitos y remar contra las corrientes caudalosas de la mediocridad. Por eso fue capaz de transformar la lucha contra la demagogia en su rasgo político predominante. En 1972, en una de las entrevistas públicas que concediera,



consultado acerca de cuál era el remedio fundamental que Chile requería, respondió escuetamente: "La antidemagogia".

Mientras la mayoría de los políticos se jactaban de su eficacia en el engaño -autoelogiada por ellos como astucia-, Alessandri no conoció ni aceptó renunciados éticos ni doblez alguno. Era el mismo en público que en privado. En el Gobierno o fuera de él. Arquetipo de la rectitud, su patriotismo prevaleció en todos y cada uno de sus actos, hasta límites de generosidad -que con su palabra o su silencio- enseñaron cuánto puede sacrificarse un hombre con grandeza interior por amor a Chile.

Por todo eso, más que una gran personalidad, don Jorge se convirtió en un símbolo.

Ese hombre que siendo el anticandidato obtuvo una popularidad extraordinaria que no sólo lo llevó a ser elegido Presidente de la República, sino que -caso inédito- le permitió abandonar el Mando Supremo con mayor respaldo cívico del que tenía al asumirlo.

La estrecha amistad que desde 1970 me ligó a don Jorge, llegando a sentir por él ese afecto y esa admiración que se experimentan hacia un padre, representa una vivencia personal intransmisible. Pero percibo que el alessandriismo es una comunidad de valores que une fuertemente a millones de chilenos, con quienes compartimos un hondo sentimiento, un ejemplo cuya luz nos guía y un legado político que nos obliga a honrarlo.

# Motivos de confusión

Por William Thayer Arteaga

1.- No puede negarse que la inmensa mayoría de la población de Chile desea vivir en paz y armonía; detesta las controversias, sobre todo si el lenguaje es odioso o violento, y considera el derecho a trabajar tranquilo como algo preferente a las soluciones políticas que anuncian curar todos los males. Quizás sean éstas algunas de las razones que hacen de la afiliación a un partido político asunto de limitadas minorías. Un cinco a diez por ciento de los chilenos -y recientes encuestas parecen confirmarlo- sostiene fundadamente que esa paz y armonía o esa posibilidad de trabajar tranquilo depende, en forma principal, de una buena o mala conducción política. Lo lamentable es que los partidos políticos han proyectado la imagen de luchar por el poder, más que por el bien común nacional. Contribuye a eso la frecuencia y agilidad con que critican lo que el Gobierno hace y lo que otros proponen. En cambio, son lerdos, inconvincentes y contradictorios al proponer soluciones concretas y realistas a los problemas y aspiraciones de la masa ciudadana.

Soy un convencido de la función indispensable que cumplen los partidos políticos en una democracia pluralista y libre, pero no olvidemos que tuvieron gran responsabilidad en la crisis que condujo al colapso de 1973. Por lo mismo, deben estar conscientes de corregir su imagen, y en lugar de sembrar confusión con críticas, polémicas y ataques descomedidos, han de transformarse en instrumentos de educación cívica y de justificación sensata y fundada de sus proposicio-



nes de bien público.

2.- Otro tema que induce a errores en el actual debate ciudadano es la excepcional posibilidad de que el Presidente de la República en ejercicio sea reelecto. Esta norma, que imperó bajo los decenios de Prieto, Bulnes, Montt y Pérez, fue derogada hace más de un siglo. No tenemos, por consiguiente, el hábito de ver a un Presidente luchando por su reelección. Y como no existe el hábito, pero existe la norma de excepción, se crea el fantasma y se declara que el Presidente, que puede ser reelecto, está en campaña por su propia reelección cada vez que él, sus ministros o cualquier ciudadano que apoye la gestión realizada por el actual Gobierno proclama la conveniencia de que esa obra no se destruya o desvirtúe, sino que se perfeccione y proyecte en sus logros esenciales.

3.- Por último, también induce a confusión el lenguaje diferente de los grupos o sectores. No hablo aquí de las mentiras, las exageraciones o las tergiversaciones, que infringen el octavo mandamiento de la Ley de Dios. Ocurre que los principales actores de nuestro acontecer nacional han terminado acuñando una propia manera de decir, efecto explicable y respetable de su función tradicional. Los militares son jerárquicos: si hay dos, uno es más antiguo que el otro y su relación es de mando y subordinación. Los civiles son igualitarios: se creen superiores, pero se expresan como pares. Los políticos se han tornado mesiánicos y algunos eclesiásticos se han puesto políticos.

Todo esto induce a confusión y aconseja reflexión.